

## 4. El Enemigo a Vencer

La naturaleza, manera de pensar, motivaciones, comportamiento y estrategias característicos de las huestes enemigas, han sido examinados a fondo en el estudio político titulado *The Toynbee Factor in British Grand Strategy*. Por tanto, nos limitaremos a tratar aquí ciertos aspectos de la estrategia de combate contra ese destacamento supranacional de "familias" oligarcas, después de señalar, en los más breves términos, la identidad, los intereses y las posiciones estratégicas del enemigo.

Para abreviar, podríamos decir que el enemigo es una amalgama de "familias" oligarcas rentistas-financieras, generalmente monarquistas. Ejemplifican su punto de vista la Unión Pan-europea de Otto von Hapsburg, los lunáticos escritos de la Hermandad Prerrafaelista y de Friedrich Nietzsche. Domina la alianza de "familias" la mayor concentración de bienes raíces del mundo, así como la mayor parte del poderío rentista-financiero del mundo, lo cual incluye al Banco de Liquidaciones Internacionales, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, al GATT, y a grandes sectores de ciertos organismos de la ONU (UNESCO, OMS, WFMH, UNITAR, UNISOC).

El concierto de familias se divide, en términos generales, en dos ramas. Hay un grupo "anglosajón", angloholandés, noreuropeo, que abarca, entre otras, las familias del norte de Alemania y los oligarcas escandinavos, además de las familias oligarcas —de menos abolengo— de los Estados Unidos (los Morgan, los Moore, los Harriman, etc.). Flor y espejo de la rama austral son la "aristocracia negra" de Italia, y sus elementos suizo, austrohúngaro, orleanista, de Braganza, etc., además de las familias oligárquicas de Baviera y Baden-Wurtemberg en Alemania Federal.

Sus posiciones presentan a veces diferencias de matiz. En estos momentos las une, en lo esencial, un propósito general común. El cual consiste en utilizar la crisis económica mundial (la "desintegración controlada"), guerras regionales, insurrecciones, levantamientos separatistas y terrorismo a escala internacional, para destruir tanto la institución del Estado nacional soberano como las instituciones del racionalismo y del progreso tecnológico.

Su afán en estos momentos es destruir el llamado "Occidente". Dicho afán se finca en la expectativa de que el CAME y el Pacto de Varsovia pronto quedarán destruidos internamente por una ola de insurrecciones separatistas o de otra índole, que desde Europa oriental se extenderán por la Ucrania y el Cáucaso hasta abarcar a los "fundamentalistas islámicos" del Asia central soviética.

En cierta medida, las familias ya han descontado los riesgos que supone el caos que fomentan. En las últimas décadas, y con mayor celeridad a partir de 1971, han venido adquiriendo grandes cantidades de bienes raíces en Norteamérica, Iberoamérica, Australia y otros lugares, con el propósito de distribuir sus riquezas. Ese "poner a buen recaudo" sus inversiones en varias naciones y continentes se basa en la suposición de que si parte del mundo es destruido, comoquiera contarán con influencia dominante en las regiones que lleguen a subsistir; también contarían con títulos nominales que les permitirían reclamar, en última instancia, lo que llegasen a perder temporalmente en las regiones destruidas del planeta.

Ven con deleite la crisis económica actual. Merced al efecto multiplicador de los sistemas bancarios no regulados, de "mar afuera", pueden aprovechar los infortunios de los agricultores y otros sectores, y adquirir activos con dineros ficticios en las regiones o naciones más necesitadas del mundo. No les preocupa en lo mínimo la posibilidad de que, debido a la crisis, se lleguen a devaluar los haberes nominales que han adquirido de esa manera. Lo que les preocupa no es el valor nominal, contable, de los haberes. Lo que les preocupa es el porcentaje de los bienes raíces y activos rentistas-financieros del mundo que logren dominar.

¿Quiénes son esas "familias" oligárquicas?

Son reliquias de las oligarquías gobernantes de los imperios romano o bizantino que, pese al Gran Plan de Carlomagno, lograron penetrar Europa occidental, principalmente a través de esa colonia de Bizancio que era Venecia. Las familias de mayor abolengo son las depositarias concientes de las tradiciones milenarias de esos imperios, pasadas de padre a hijo, y cultivadas secularmente por ciertas órdenes seudocristianas creadas y sustentadas a manera de servicio privado, así como por las escuelas públicas británicas, por universidades como Oxbridge e instituciones similares.

Su genealogía se puede seguir en detalle en los registros históricos de Europa, hasta el período clásico de Grecia, especialmente a partir de la época de Platón y Alejandro Magno (siglo cuarto a. de C.) En cuanto fenómeno social, han mantenido una continuidad ininterrumpida desde entonces.

Desde esos tiempos se les conoce por varios nombres: fenicios, filisteos, magos, caldeos y moabitas. Componían entonces un ejército de castas sacerdotales y publicanos rentistas-financieros que dominaban desde dentro el imperio persa de los aqueménidas y las redes de ciertas sectas de Tebas (Egipto y Grecia) además del culto de Apolo (Delfos, Roma, etc.)

En la era clásica de Grecia, el conflicto interno de la civilización era el conflicto de republicanos contra oligarcas. Esquilo y Platón, junto con Solón, representan el partido republicano. Hesíodo, los sacerdotes y publicanos de Tiro, los peripatéticos del culto de Apolo y la Escuela de Retórica de Atenas, representan el partido oligárquico.

En la época de Platón —y en el corazón de sus actividades—, el conflicto entre republicanos y oligarcas giraba en torno al conflicto que culminó con la destrucción del imperio persa por Alejandro Magno. Encabezaba el partido republicano la alianza compuesta por la Academia de Platón en Atenas y el templo de Amón en Cirenaica; este último proporcionó el impulso que permitió a la civilización griega salir de la "edad oscura" de la ignorancia en que se encontraba. Del bando contrario estaban sobre todo las fuerzas de Tiro y sus instrumentos, el culto de Apolo y Tebas.

Cabe repetir aquí la historia de Alejandro Magno, a fin de arrojar luz sobre las circunstancias actuales.

Como lo ilustra el relato que hizo Jenofonte de la marcha de los diez mil por el corazón del Imperio Persa, la cuestión estratégica que preocupaba a los fenicios era el hecho de que no había ninguna fuerza capaz de vencer al sistema militar griego y su variante macedónica. Los fenicios (los caldeos que tenían bajo el pie a Tiro), aceptaron a Filipo de Macedonia como instrumento conciente para llevar a cabo el proyecto que en la correspondencia de la época que ha llegado a nosotros denominan "la división occidental del Imperio Persa".

Con ayuda del culto de Apolo y sus agentes-espías peripatéticos, y sobre todo la Escuela de Retórica de Atenas, Filipo debía conquistar toda Grecia, estado por estado, lo que le alcanzaría el tradicional derecho griego de *hegemonía* sobre ellos. Una vez dominadas las huestes griegas, debería de marchar por Asia Menor y trabar lanzas con los persas hasta lograr un armisticio. Durante el armisticio, el emperador persa haría a Filipo uno de sus herederos (punto más, punto menos), y le legaría el gobierno de un imperio que abarcaba toda la Anatolia al oeste del Eufrates. La condición era, entre otras, que el orden social interno del imperio mediterráneo se ajustara a lo que la correspondencia de la época llamaba por varios nombres: el "modelo persa" o el "modelo oligárquico". El significado del término *oligárquico* está dado por las características de dicho orden social-político-económico.

Las fuerzas de la Academia de Atenas contraatacaron, en combinación con las del templo de Amón, en un esfuerzo final, desesperado. Filipo fue asesinado en vísperas de su partida para tomar el mando de las tropas en Anatolia. Tras una enconada lucha de sucesión, ascendió al trono de Macedonia uno de sus hijos, Alejandro. Su madre era protegida de una de las ramas del templo de Amón en la Grecia continental. Tras una rápida serie de guerras de consolidación, Alejandro

puso en marcha una campaña encaminada a extirpar las instituciones del orden socioeconómico-político persa en Asia, y establecer una nueva sociedad basada en el modelo republicano. En todo ello Alejandro fue guiado por los asesores de la Academia de Atenas (Platón había muerto 14 años antes), y contó con un apoyo enorme del templo de Amón. Este ayudó a Alejandro a conquistar Tiro, organizando una revuelta contra los persas en Egipto, y contribuyó, además, a la planeación definitiva del orden mundial republicano que Alejandro tenía por misión implantar.

El segundo atentado de Aristóteles y Cía. contra la vida de Alejandro logró su objetivo, e hizo posible que se produjese la rebelión de los generales macedonios en favor del modelo persa. No obstante, Alejandro había causado tales estragos en las instituciones del orden persa, que no pudieron poner en efecto el "modelo oligárquico" hasta que los herederos de Tolomeo Soter y el culto de Apolo en Tebas crearon el imperio romano al amparo de Augusto.

La falla interna, principal, del proyecto de Sócrates y Platón, fue precisamente el tema de controversia del juicio de Sócrates: el de las deidades paganas "tradicionales". La controversia se analiza a fondo en *The Toynbee Factor*. Basta con señalar que la "gran madre" (Cibeles-Isis) y sus incestuosos hijos (Apolo-Dionisio; Osiris-Horus, etc.) forman la estructura básica de los cultos de "tierra y sangre" típicos de las seudorreligiones fenicias del período (Cadmó-Tebas, por ejemplo). Por no prescribir la destrucción de esos cultos seudorreligiosos, el proyecto estaba destinado al fracaso.

La civilización fue salvada por Jesucristo y los apóstoles. Desde el punto de vista de la teología sistemática, el cristianismo se explica a sí mismo en los términos helenísticos empleados por San Juan y San Pablo, así como por el judío Filón de Alejandría, contemporáneo de los apóstoles (y colaborador de San Pedro en Roma). Como lo explica San Agustín, el cristianismo adoptó la ciencia platónica en cuanto metodología científica y arte de gobernar, pero subordinándola a los principios judeocristianos. De ahí el *neoplatonismo judeocristiano* o *republicanismo judeocristiano*.

El inexorable ascenso de la Iglesia cristiana apostólica, pese a la persecución de que fue objeto por las familias oligárquicas romanas, obligó a la oligarquía romana a tomar contramedidas de carácter délfico. Constantino trasladó la capital del Imperio a Grecia, que a la sazón contenía la mayor concentración de población del Imperio Romano. Allí tenía mayor fuerza la Iglesia cristiana entonces. Constantino trató de destruirla dándole la forma episcopal de las misteriosas religiones del Imperio Romano. Los esfuerzos de Arrio por proscribir la doctrina de la consubstancialidad (más tarde llamada de Filoquio en la liturgia agustina del cristianismo occidental), condujeron a la convocatoria del Concilio de Nicea. Técnicamente salió victoriosa la facción apostólica, pero la jerarquía episcopal de Oriente persistió en el arrianismo, lo que preconizó la prolongada división entre la Iglesia Occidental y el Rito Oriental (de influencia pagana), que desembocó en el cisma formal de siglos después.

La división del cristianismo revestía dos aspectos. En la medida en que la jerarquía del Rito Oriental se consolidó en torno al arrianismo, en esa medida pasó a ser la Iglesia Oriental la mediadora del modelo oligárquico en la práctica social, en agudo contraste con el gran proyecto republicano (Carlomagno, Alcuino) de la Iglesia agustina de Occidente. Sin embargo, la lucha persistió en Oriente, donde la controversia determinante era entre el partido del lenguaje y la literatura de la Grecia clásica (Esquilo, Platón, Homero), y los partidarios de erradicar la enseñanza y el uso del griego clásico. Los republicanos afirmaron su poder en época de los Paleólogos (1261-1453 d.C.). Los Paleólogos fueron derrocados por los arrianos en 1453, a través de una conspiración en la que participaron Venecia, Génova y una de las principales facciones de la Iglesia Griega; se entró en un acuerdo con Mahoma el Conquistador, gobernante del Imperio Otomano, mediante el cual le cedieron Constantinopla a cambio de ciertas consideraciones para con Venecia y la jerarquía de la Iglesia Ortodoxa Griega, entre otras cosas.

Así, el corazón de la lucha por la civilización quedó en el seno de la cristiandad occidental. Contra las fuerzas agustinas estaban las familias oligárquicas del Imperio Oriental, que penetraron

Occidente principalmente a través de Venecia y Génova, en alianza con familias oligárquicas romanas (entre ellas los Colonna) que todavía tenían su sede en Italia.

El avance general más grande del oligarquismo se produjo a consecuencia de las cruzadas, con la difusión de un movimiento antiagustino bajo el disfraz de la Inquisición Romana (de 1230 en adelante, aproximadamente), fuerza dirigida por Venecia que, en realidad, fue la principal culpable de la creación de los nazis de Hitler.

Desde finales del siglo 13, el nombre genérico de la oligarquía rentista-financiera, aristocrática, ha sido "Güelfos Negros", o simplemente "aristocracia negra".

La siguiente gran insurrección de las familias oligárquicas que se ha visto desde el siglo 14, ocurrió entre 1525-1653; la llamada "Contrarreforma". El verdadero blanco del período de la Contrarreforma, dominado por los Habsburgo, no fue el protestantismo, sino el pontificado neoplatónico del siglo 15 y las extensas reformas institucionales de la Iglesia y el Estado puestas en marcha por el Renacimiento Dorado. Los más grandes desafíos que enfrentaron las familias oligárquicas después de 1653, fueron el ascenso de Carlos III al trono de España y la Revolución Americana. Con los sucesos de 1866-1879, el sistema financiero internacional de las familias oligárquicas puso bajo su férula las finanzas y el financiamiento del comercio mundiales.

Una serie de crisis económicas, empezando en la década de 1870, y dos guerras mundiales fomentadas por la oligarquía, destruyeron a la mayoría de las instituciones de la cultura del Estado nacional republicano. El saqueo de Europa occidental y el dominio sobre la política monetaria y exterior de los Estados Unidos, que sobrevino tras la muerte prematura de Franklin Delano Roosevelt, puso a las familias oligárquicas en capacidad de llevar a cabo los preparativos para la toma de poder consolidada, final, que llevan a cabo en estos momentos.

El principal problema del arte de gobernar republicano moderno es que la mayoría de los estadistas republicanos ignoran los rudimentos de la historia europea de los últimos 2,500 años, lo que contrasta agudamente con el conocimiento prevaeciente entre los estadistas republicanos de antes de 1870. A los estadistas y partidos se les hace creer, por medio de engaños, que los principales temas políticos de nuestro tiempo son algo muy diferente de la batalla final entre el oligarquismo insurgente y los últimos vestigios del republicanismo.

Ejemplo: es creencia común hoy día que las divisiones políticas de la sociedad cubren un abanico que pasa por diversas posturas de *derecha*, *centro* o *izquierda*. La consecuencia de esa creencia es un espectáculo en el que la gente ingresa a partidos políticos que se definen como tales según grados de la escala que va de derecha a izquierda. Luego, los partidos se imaginan que la competencia entre ellos es el tema vital de la época; de manera que la vida política de los gobiernos y los partidos se convierte en una suerte de arena neroniana, en la que gladiadores insensatos luchan a muerte por cuestiones falsas, en tanto que, escondidas entre los espectadores, las familias oligárquicas se divierten observando a los incautos acabarse unos a otros en ese fantástico circo romano en el que se hace política a la moderna.

La política contemporánea es muy pueril. Se parece a las contiendas deportivas de los adolescentes. Por toda la escuela se agitan las pasiones en torno a qué equipo ganará. En realidad no importa qué equipo gane. Pero cuando los leales admiradores de uno de los equipos se ponen a discutir con los del bando contrario los méritos relativos de los equipos, ¡qué feroces batallas de opiniones, y, a veces, qué golpizas!

En la pasión de esas trifulcas dignas de jóvenes deportistas, con golpes a diestra, centro y siniestra, se olvida la controversia vital que se ha agitado por 25 siglos, la batalla a muerte entre el republicanismo judeocristiano y el "modelo oligárquico" de las siniestras *familias*. Estas, deleitadas con los espejismos que emboban a partidos políticos y gobiernos por igual, se divierten dándole cuerda a todos a la vez, mientras se preparan para subir al poder tan pronto como se destruyan mutuamente los contendientes políticos.

La expresión más fundamental de la batalla entre el republicanismo y el oligarquismo es precisamente la lucha por el poder entre los partidarios del progreso tecnológico (renta de las

empresas productivas) y el parasitismo maltusiano-hesiódico (renta de la tierra y usura). En el intento de resolver el problema del crecimiento económico dentro del andamiaje y las condiciones de un orden monetario internacional basado en el fomento de la renta de la tierra y la usura, entre más duro luchan por el progreso económico nacional, más se ponen a merced de las fuerzas de la renta de la tierra y de la usura.

“Tendremos que mantener la capacidad de crédito a los ojos de los usureros internacionales”, exclama la última república al tiempo que, ella también, dobla obedientemente la cabeza sobre el tajadero del verdugo de la oligarquía.

La batalla en torno a la orientación de las instituciones financieras es, para las fuerzas enemigas, la batalla por su poderío material. Eso no quiere decir que eso sea en sí la cuestión fundamental. La cuestión fundamental es la cultura: la cultura clásica del neoplatonismo judeo-cristiano, a despecho de las supersticiones hedonistas de los cultos oligárquicos.

A menos que las repúblicas iberoamericanas tengan la perspicacia y el valor para tomar medidas en concierto para destruir el orden monetario internacional de la renta de la tierra y de la usura, y para exigir y lograr que el Sistema Americano se convierta en la base de las relaciones internacionales, entonces la civilización, la civilización republicana judeocristiana, estará viviendo sus últimas horas. No luchar con todas nuestras fuerzas es querer morir. No queda otra alternativa: luchar unidos o morir.

No obstante, en el proceso de afirmar la hegemonía del Sistema Americano, no debemos olvidar que solamente procuramos echar los cimientos político-económicos institucionales indispensables para el fomento de la cultura clásica, para el perfeccionamiento del individuo en sociedad. Más aún: no es cosa de lograr primero lo uno para luego pasar a lo otro. Sólo si los dirigentes adoptan para sí el punto de vista de la cultura clásica, como norma de conducta personal, sólo así podrán encontrar en sus adentros la capacidad para dirigir una nación eficazmente.

Tenemos ante nosotros la batalla por el alma de los Estados Unidos. Si siguen éstos adheridos al dogma oligárquico, siniestramente anticristiano, de la “libre empresa”, entonces las catástrofes que están a punto de sufrir esa nación y su pueblo, bien podrían transformarlos en algo peor, más monstruoso aún, más mortífero, que la Alemania de Hitler. Hay bondad en la mayoría de la gente de los Estados Unidos, pero esa bondad sólo será avivada por un gran estremecimiento moral, administrado con todo vigor y audacia por el firme concierto de las principales naciones de Iberoamérica.

“Pero, ¿y si las naciones de Iberoamérica se niegan a seguir su consejo?” Entonces, sin lugar a duda, y muy pronto, todas y cada una de esas naciones dejarán de existir. Yo sí sé lo que representan Averell Harriman y los de su siniestra laya; yo sí sé lo que están decididos a desencadenar.

## Notas

### Capítulo 1

1. Ver *Executive Intelligence Review*, Vol. 9, No. 27, 20/7/82.
2. Ver “Economic Becomes a Science: Lyndon LaRouche’s Riemannian Economic Model”, *Executive Intelligence Review*, Vol. VI, No. 17, 1-7/5/1979; *Fusion*, Vol. 2, No. 9.
3. El origen del Sistema Americano de economía política se atribuye a tres memorias al Congreso de los Estados Unidos compuestas por el secretario del Tesoro Alexander Hamilton entre 1789-1791: “On Public Credit” (enero de 1790), “On a National Bank” (diciembre de 1790), y “On the Subject of Manufactures” (diciembre de 1791). En esta última refuta devastadoramente tanto las tesis de los fisiócratas franceses como las de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, apoyándose en la experiencia agrícola adquirida hasta el momento en los Estados Unidos para desmentir las teorías de la renta británica (y posteriormente de Ricardo y Marx).